



CONOCER Y VIVIR LA BIBLIA



PEDRO I. FRAILE

La Palabra de Dios para nosotros

¿Os imagináis tener en casa un tesoro sin abrir? Eso es lo que pasa con la Biblia. ¿Os imagináis que Dios quiere comunicarse con vosotros y que estéis en otra onda? Esta es la cuestión que nos ocupa. La Biblia es, como libro, una aventura: paisajes nuevos, personajes apasionantes, narraciones vivas que nunca defraudan. Como palabra de Dios, es mensaje vivo y actual, cortante y balsámico, profundo y sencillo, comprometido y místico. La Biblia, la Sagrada Escritura, se abre ante nosotros como terreno virgen, siempre por explorar, siempre fecundo, y siempre inquietante: Dios nos habla porque nos busca, porque tiene un plan de salvación con nosotros y para nosotros.

«Las obras realizadas por Dios en la historia de la salvación manifiestan y confirman la doctrina y los hechos significados por tales palabras; y las palabras, por su parte, esclarecen el misterio contenido en ellas» (DV 2).

La Biblia, referencia de fe para todos los cristianos.



Salterio con el libro de los salmos, escrito en lengua etíope, siria, árabe, armenia y un dialecto copto, recopilado en el siglo XIV. Recuperado por Giovanni Paolo Lascaris de la orden militar de Malta, que lo cedió en homenaje al cardenal Francesco Berberini.

Un «regalo de Dios» que desconocemos

No es extraño que en un grupo parroquial o en un grupo con inquietudes religiosas alguien pida *saber más de la Biblia*. En el fondo de muchos creyentes hay una sensación ambigua. Sabemos que nuestra fe cristiana se basa en la Sagrada Escritura (es la *palabra de Dios*), pero no terminamos de entrar en ese mundo fascinante y opaco a la vez. Es verdad que cada vez son más los grupos cristianos para quienes la Biblia es una referencia, pero ahora nos queremos dirigir a todos los que quieren saber y saborear un poco más, a los que quieren introducirse o profundizar en este océano de luz inextinguible, de espiritualidad encarnada, de atracción misteriosa que es la Biblia.

Tenemos que hacer frente a una contradicción: estamos ante el libro más editado del mundo —evidencia literaria— y además respondemos con un ‘*amén*’ en las celebraciones litúrgicas por que lo reconocemos como «palabra de Dios» —confesión de fe—; sin embargo tenemos que confesar humil-

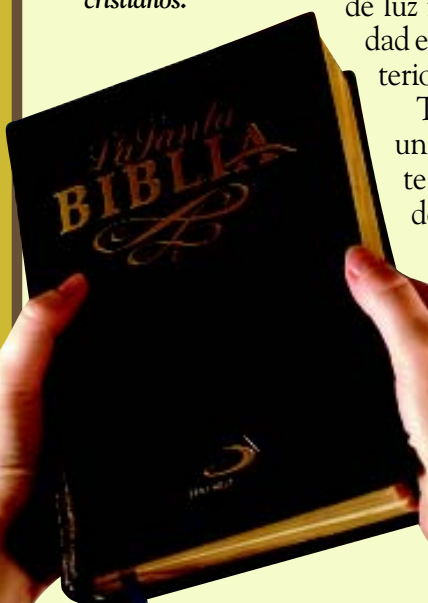
demente que muchos católicos desconocemos este magnífico regalo de Dios.

Dios quiere comunicarse con nosotros; nuestra fe proclama que Dios no es alguien solitario y opaco, sino alguien que nos busca, que se revela

Los textos más antiguos (como es la profecía de Oseas) se remontan a ocho siglos antes de la Era cristiana.

a sí mismo y nos desvela su plan de salvación; pero la palabra de Dios no está arraigada en nuestro pueblo cristiano. ¿Cuáles pueden ser las causas?

Una razón, sin duda, la encontramos en nuestra historia. La Iglesia católica siempre ha venerado la Sagrada Escritura como palabra de Dios, pero a raíz de la dolorosa polémica creada en el s. XVI con la reforma luterana, la Iglesia católica optó por una postura de abierta reserva ante el riesgo de la ‘libre interpretación’ de los textos. Así, a partir del concilio de Trento, la fe del pueblo fue cimentada en el catecismo y en la historia sagrada, pero desconociendo la Biblia como fuente de formación y de alimento espiritual. Todos sabemos que, gracias a Dios, el concilio Vaticano II



abrió de nuevo la fuente de la Escritura para saciar la fe del pueblo de Dios.

Una segunda razón es la misma Biblia. No podemos negarlo: la Biblia presenta dificultades para el lector actual:

— Los más antiguos de estos textos (como es la profecía de Oseas) se remontan a ocho siglos antes de la Era cristiana; muchos de ellos nos transportan a un arco de tiempo que se mueve entre el siglo V a.C. (redacción del Pentateuco) y comienzos de siglo II d.C. (últimos escritos cristianos).

— La geografía nos es extraña: ¿dónde está Filisteia, país donde guerrea Sansón? ¿Dónde localizar a Babilonia, que tantas veces hemos oído?

— Además estamos en un contexto cultural semítico muy distante: costumbres de pueblos del desierto, narraciones tejidas con gran imaginación, palabras cargadas de significado (Sión, *go'el*, Melquisedeq) que desconocemos. ¿Qué hay detrás de estas palabras?

— Hay páginas escabrosas que no sabemos bien cómo interpretar: la ley del *herem* o *anatema* por la que se pasa a cuchillo en nombre de Dios, relaciones incestuosas de un patriarca con sus hijas, como es el caso de Lot. ¿Tenemos que decir que es palabra de Dios?

— No faltan palabras equívocas a las que nosotros damos otro significado: ¿hablamos de lo mismo la Biblia y nosotros cuando decimos *profeta*, *sabio*, *anciano*, o *sacerdote*?

— Tenemos que hacer frente a páginas que escapan a nuestra mentalidad científica occidental (creación del mundo y del hombre, el paso del mar Rojo, las plagas de Egipto). ¿Hay que entenderlas al pie de la letra? ¿Cómo explicarlo sin renunciar a nuestra formación moderna?



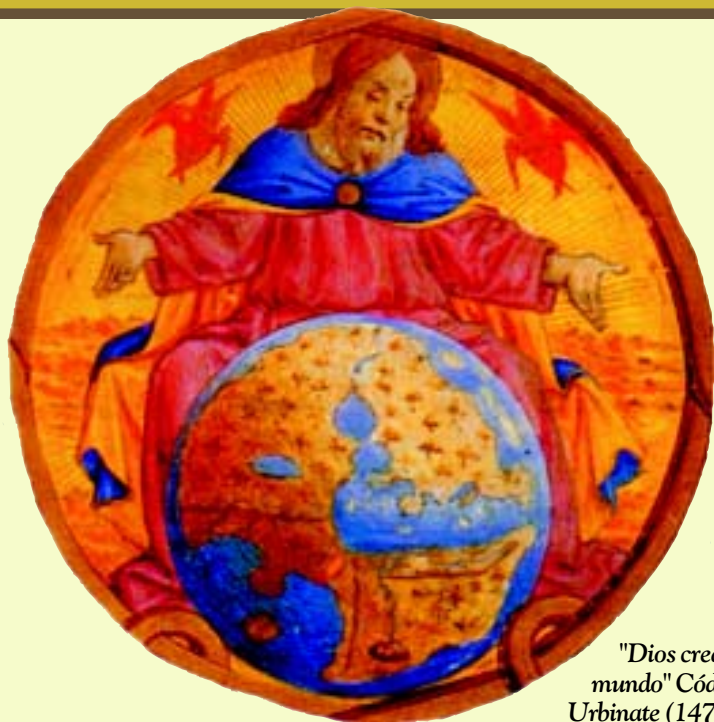
La entresijada historia de Dios y de un pueblo

Mapa de Mesopotamia: Asiria-Babilonia.

Una historia entre personas puede ser contada, al menos, desde dos puntos de vista. Siempre hay un yo y un tú, un amante y un amado, un maestro y un discípulo... La Biblia nos desentraña una larga historia entre un Dios –Yahveh– y su pueblo –Israel–. El Dios de Israel traza desde el primer momento caminos para el encuentro, tiende lazos de comunicación, busca a su pueblo porque quiere establecer una relación con él. La Sagrada Escritura nos habla de elección, de promesas, de alianza... Pero nos habla también de un Dios que ve a su pueblo, que escucha sus gritos, que decide intervenir para librarlo, que lo conduce personalmente.

"La Creación" (detalle). Miguel Ángel. Capilla Sixtina.





"Dios crea el mundo" Códice Urbinatense (1477).

«Las obras realizadas por Dios en la historia de la salvación manifiestan y confirman la doctrina y los hechos significados por tales palabras; y las palabras, por su parte, esclarecen el misterio contenido en ellas» (DV 2).

El Dios bíblico no es un Dios solitario e inaccesible, sino que busca al hombre, quiere dialogar con el hombre, quiere encontrarse con él. Dios se manifiesta, se revela en obras y palabras. Cada trazo de la historia leída desde Dios: la llamada a Abraham, el éxodo de Egipto, la alianza en el Sinaí, el regalo de la tierra son sus obras... La voz de los profetas, la reflexión de los sabios, las narraciones históricas, constituyen su palabra. La constitución dogmática del Vaticano II *Dei Verbum* dice:

«Las obras realizadas por Dios en la historia de la salvación manifiestan y confirman la doctrina y los hechos significados por tales palabras; y las palabras, por su parte, esclarecen el misterio contenido en ellas» (DV 2).

La Sagrada Escritura nos muestra no uno, sino infinitud de caminos del hombre hacia Dios. Tenemos la historia de todo un pueblo que grita a su Dios cuando cree que lo ha abandonado (desierto), que lo bendice por los frutos de la tierra, pero que se olvida de él ante las seducciones de los

ídolos de barro (riquezas, poder, fecundidad sin Dios o contra Dios). Tenemos las historias individuales de guías religiosos que conducen y que dudan (Moisés), de caudillos que rezan y que pecan (David), de personajes que se confían a Dios y que se rebelan contra él (Job), de vocacionados que se entregan a la llamada y que maldicen el día de su nacimiento (Jeremías)... Son historias como las de tantas personas religiosas, son historias que no pasan porque el hombre y Dios siguen siendo los protagonistas. La Sagrada Escritura es historia (no nos habla de mitos fuera del tiempo, ni de personajes imaginarios) y es historia de salvación, porque Dios se ha comprometido en esta historia.

Presencia venerada, norma de fe, alimento y fuerza para la Iglesia (DV 21)

Leemos en la *Dei Verbum*: «La Iglesia ha venerado siempre las divinas Escrituras como venera también el cuerpo del Señor... No cesa de presentar a los fieles el Pan de vida que se distribuye en la mesa de la palabra de Dios y del cuerpo de Cristo» (DV 21). Litúrgicamente se insiste hoy en que se le dé a la palabra de Dios un lugar fijo y relevante en los templos y en los lugares de celebración. Es Dios quien habla, y no es algo «accidental» o «secundario» en la vida del creyente. Así, la procesión litúrgica al ambón tiene una dignidad extraordinaria: no tiene por objeto a un libro, sino a Cristo mismo presente en el libro. El anuncio del evangelio es concebido como una manifestación del Señor, y las aclamaciones «Te alabamos Señor» o «Gloria a ti, Señor Jesús» son aclamaciones a Dios presente en su palabra. A la Palabra se le otorga la presidencia de los concilios ecuménicos, práctica que está atestiguada por vez

primera en Éfeso y ha sido mantenida hasta el concilio Vaticano II.

El motivo de esta veneración radica precisamente en el privilegio de la *inspiración divina*, es decir, en el hecho de que los libros de la Sagrada Escritura, «escritos bajo la inspiración del Espíritu Santo, tienen a Dios como autor y como tales se le han entregado a la misma Iglesia» (DV 11).

El Dios bíblico no es un Dios solitario e inaccesible, sino que busca al hombre, quiere dialogar con el hombre, quiere encontrarse con él.

Continúa la *Dei Verbum*: «La Iglesia ha considerado siempre como suprema norma de su fe la Escritura unida a la Tradición, ya que, inspirada por Dios y escrita de una vez para siempre, nos transmite inmutablemente la palabra del mismo Dios (...) Por tanto, toda la predicación de la Iglesia, como toda la religión cristiana, se ha de alimentar y regir con la Sagrada Escritura» (DV 21).

En la Sagrada Escritura la Iglesia encuentra sin cesar su alimento y fuerza (cf DV 24), porque en ella no recibe sólo una palabra humana, sino lo que es realmente: la palabra de Dios. «En los libros sagrados, el Padre que está en el cielo sale amorosamente al encuentro de sus hijos para conversar con ellos» (DV 21).

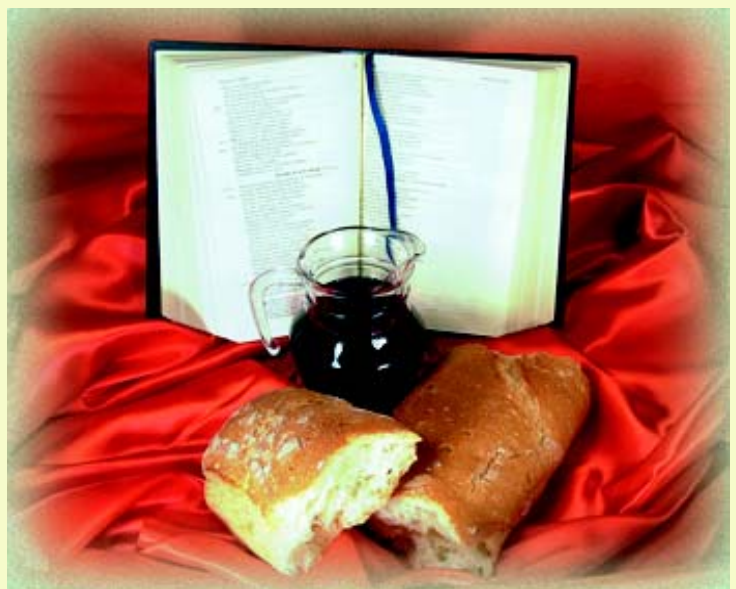
«Por todo ello, no cesamos de dar gracias a Dios, pues al recibir la palabra de Dios que os anunciamos, la abrazasteis no como palabra de hombre, sino como lo que es en realidad, como palabra de Dios que sigue actuando en vosotros los creyentes» (1Tes 2, 13).

Una historia de salvación

Los libros sagrados no nacen para desvelarnos los misterios de la naturaleza, para transmitirnos conocimientos técnicos, científicos. El hombre con su inteligencia y su esfuerzo tiene el reto y la obligación de desentrañarlos y ponerlos convenientemente a su servicio. Tampoco nacen con el afán de que no se pierda la vida de un pueblo, que si lo comparamos con los grandes imperios de la época (Egipto, Asiria) es insignificante. ¡Cuántos pueblos antiguos han desaparecido sin que sepamos nada de ellos! Los escritos bíblicos van surgiendo con el latido de la vida del pueblo, en la medida que va luchando, creciendo, gozando y sufriendo. Hasta ahora no es nada novedoso. ¿Dónde está la diferencia con la vida de otros pueblos? En su sentido profundo de la historia y de la vida: la lee desde su fe en Dios. Lee su historia no como crónica de sus hazañas, como exaltación de sus ejércitos y de sus héroes, sino como llamada, paso, encuentro, intervención de Dios en su vida. Israel va descubriendo que vive por Dios, y está llamado a vivir para Dios. Sin el Se-

La Sagrada Escritura nos habla de elección, de promesas, de alianza... pero nos habla también de un Dios que ve a su pueblo, que escucha sus gritos, que decide intervenir para librarlo, que lo conduce personalmente.

*Mesa de la palabra
que se proclama y
acoge; mesa del pan
que se parte,
reparte y comparte.*



Copista hebreo.
Sin las Escrituras
hebreas, las Escritu-
ras cristianas no
podrían subsistir.

*Sin el Señor,
Israel no
sería nada;
de él viene
la vida. Él es
quien dirige
la historia, su
bondad y su
justicia jalonan
sus interven-
ciones. ¡Dios
nos salva, y
nosotros conta-
mos nuestra
historia de
salvación!*



ñor no sería nada; de Él viene la vida, Él es quien dirige la historia, su bondad y su justicia jalonan sus intervenciones. ¡Dios nos salva, y nosotros contamos nuestra historia de salvación!

¿Pero podemos decir que la Biblia es verdadera historia? Sí, pero leída con los ojos de la fe; es la narración de las vicisitudes de un pueblo con su Dios. ¿La Biblia es un libro de espiri-

tualidad? Sí, pero una espiritualidad amasada con el sudor del trabajo, con los gritos de dolor y de alabanza, con la petición de perdón por el pecado y con las celebraciones festivas de Israel. ¿La Biblia es un libro para el hombre de hoy? Sí, porque no propone un modelo cultural a seguir; el hombre y la mujer que se abren con confianza a Dios o que se cierran ante el misterio divino, que saben agradecer los dones y que gritan impotentes ante el mal son los mismos ayer y hoy porque el misterio de la vida y de la fe nos precede y nos acompaña.

Escrito por creyentes para creyentes

Es verdad que esta que proponemos no es la única lectura de la Biblia. Un no creyente puede perfectamente buscar en ella sólo un libro imprescindible en la literatura creada por el hombre; los estudiosos de las religiones buscan en ella el desarrollo del hecho religioso en las culturas antiguas... Estos acercamientos son legítimos, pero les falta una *clave* fundamental,

Vocabulario

- ❖ **Escritura pictográfica:** La escritura que hoy conocemos es el resultado de una larguísima evolución. Hasta llegar a los signos alfabéticos (los nuestros), tuvo que pasar por signos silábicos (bu, ca), y antes por figuras que representaban de forma esquemática (mano, pájaro) el objeto del que quería hablar. Las primeras escrituras surgen al mismo tiempo en Egipto y en Sumer, a finales del cuarto milenio a.C.
- ❖ **Escritura cuneiforme:** Es la siguiente etapa a la escritura pictográfica. El escriba imprimía con la ayuda de un punzón una serie de trazos en la tablilla de arcilla blanda. Por tener la forma de cuña en el barro se denomina 'cuneiforme'. Ya no son figuras esquematizadas sino una escritura silábica.
- ❖ **Ebla:** (Tell Mardij, Siria). Entre 1974-1976 se encontraron más de 17000 tablillas en escritura cuneiforme. Tiene dialecto semítico propio llamado eblaita.
- ❖ **Mari:** (Tel Hariri, Siria). Ciudad de la ribera izquierda del Éufrates que se remonta a mediados del tercer milenio a.C. No es nombrada en la Biblia pero de gran importancia para conocer la época de Hammurabi. Éste la destruyó en torno al 1750 a.C. Su excavación en 1933 dio a luz el archivo de palacio con cerca de 20.000 tablillas escritas en cuneiforme.
- ❖ **Sumerio:** Habitante y cultura de Sumer, región de la baja Mesopotamia, del 3300 al 1900 a.C. Las ciudades de Ur y Uruk pertenecían a esta civilización. Entre su producción literaria destaca la epopeya de Guilgamés.
- ❖ **Trento:** Decimonoveno Concilio ecuménico celebrado en Trento (Italia), en 1564, que en la disputa abierta por Lutero sobre la Sagrada Escritura, fija definitivamente la lista de los libros considerados canónicos para la Iglesia católica. ■

la luz y la comprensión que da la fe: es un libro escrito *por creyentes para ser leído por creyentes*. Si lo hacemos así encontraremos un sinfín de datos que no coinciden con lo que sabemos hoy: según los descubrimientos arqueológicos no había grandes murallas de Jericó cuando Israel entró en la tierra prometida; también sabemos que el sol no gira en torno a la tierra como se puede desprender de una lectura del libro de Josué, y que la creación no se puede contar en días... Todo esto no es ninguna dificultad, porque el lector creyente quiere descubrir cómo se ha ido comunicando Dios, cómo lo va descubriendo el ser humano, cómo podemos hoy leer nuestra historia como historia de salvación. Para leer la Sagrada Escritura se necesita una actitud de fe; sólo así «sintonizaremos» con el Espíritu con que fue escrita.

Una historia que culmina en Cristo

Muchos pensarán que hasta ahora sólo hacemos mención de Israel y de su historia, ¡y nosotros somos cristianos! Los rabinos –herederos de los sabios– enseñaban a leer la historia individual y del pueblo desde Dios. El mismo Jesús aprendió desde niño a rezar, a contemplar la historia de su pueblo de forma creyente. Sin embargo no se situaba ante ella sólo como los maestros de la ley, ni como un hombre piadoso y justo. Jesús la llevaba a sus últimas consecuencias –a su plenitud– en actitud obediente a Dios, porque él era el Hijo de Dios.

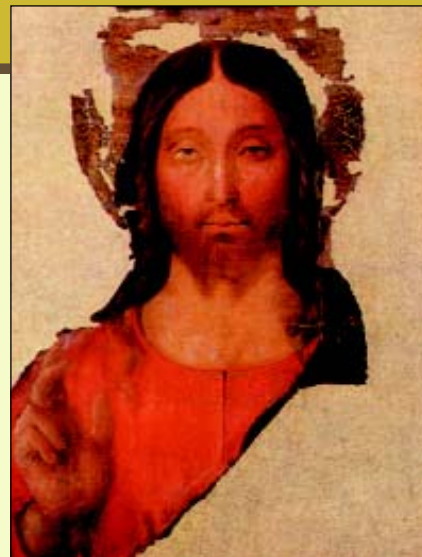
Con otras palabras, el Mesías que Dios había prometido a su pueblo se hace realidad en Jesús; todas las promesas que el pueblo de Israel había ido tejiendo tienen cumplimiento en Jesús. La comunidad cristiana, iluminada por el Espíritu Santo, así

lo comprendió y proclamó: Jesús de Nazaret, muerto por nosotros y resucitado, es el Cristo, (el ungido por Dios, el Mesías). En Jesucristo se cumple toda la historia de Israel; la salvación que Dios había anunciado se ha realizado en Jesucristo.

¿Cómo surge la Biblia?

La Palabra que hoy leemos vivió largo tiempo en la tradición oral y sólo en momentos posteriores las numerosas leyes que dirigían la vida de la comunidad, los oráculos y palabras preñadas de fuerza de los profetas, las sentencias de los sabios, los cantos de los salmistas en el Templo, y los recuerdos históricos del paso de Dios por su vida tomaron cuerpo en papiros y pergaminos, dando así lugar a la palabra escrita. El pueblo judío participa de la corriente cultural de todo el Próximo Oriente Antiguo donde se habían desarrollado distintos alfabetos y donde las técnicas de la escritura habían ido progresando. En un soporte tan frágil como las tablillas de arcilla llegaron a formar verdaderas bibliotecas como las descubiertas en Mari o Ebla, ciudad en la que se encontraron 15.000 tablillas, que se remontan al 2500 a.C. Otras veces esculpen sus textos en piedra, como el Código de Hammurabi (rey que gobernó Babilonia alrededor del 1800 a.C.). Son más conocidos los textos dibujados en papiros (planta entretejida) y en pergamino (piel tratada).

Los distintos alfabetos van evolucionando y estilizándose desde los signos pictográficos o ideográficos de los sumerios (IV milenio antes de Cristo) a los signos incisos en el barro de la escritura cuneiforme (III milenio). Poco a poco van desarrollando un al-



"Cristo" de Melozzo da Forlì, Urbino, Palacio Ducal.



Arriba: El "Código de Hammurabi".

Abajo: El "prisma de Taylor" narra el ataque del rey Senaquerib a Jerusalén





Estela de Mesá, rey de Moab, descubierta en 1868

fabeto que evoluciona a partir del fenicio. La cultura sumeria, asiria, babilónica y egipcia, desarrollan paralelamente una narrativa de la que aún hoy nos seguimos maravillando. Como ejemplo tenemos el poema de Gilgamesh, soberano sumerio de Uruk, hacia el 2600 a.C. que después de muerto se convirtió en protagonista de una epopeya muy conocida en su época. El pueblo de Israel tiene, pues, el soporte necesario (barro, piedra, papiro, piel), los recursos literarios (escritura propia –el



Piedra de Summer. 3500 a. C. aprox. Escritura pictográfica.

hebreo–), un ambiente cultural propicio y una experiencia religiosa desbordante que comunicar. ■

PARA UN TRABAJO EN COMÚN

1. Descubrir la Biblia:

- Objetivos:**
- a) Hablar de nuestra experiencia sobre la Biblia.
 - b) Ver la Sagrada Escritura como historia de salvación.

Propuestas de diálogo

- a) ¿Qué narraciones o pasajes podrías recordar de memoria?: paraíso, diluvio, David y Goliath, etc. ¿Cómo le explicarías qué es la Biblia a un niño pequeño? ¿Qué miedos o prejuicios tienes ante ella?
- b) Traza a grandes rasgos los principales acontecimientos de tu vida, positivos y negativos. ¿Has hecho experiencia de la presencia de Dios o de su ausencia en ellos? Pon palabras a cada momento de esta presencia o ausencia de Dios: paz, lejanía, gozo, tristeza, grito, esperanza, confianza, desamparo, perdón etc.

Ampliación del tema

- a) Ver y comentar el mapa de Mesopotamia.
- b) Leer y comentar brevemente los textos indicados de la *Dei Verbum*.

2. Texto para reflexionar y orar: Mt 11, 25-30

- ¿Quiénes son los sabios y sencillos?
- ¿Por qué esta dificultad para entender las cosas de Dios?
- ¿Has hecho alguna vez experiencia de este evangelio?
- ¿Cuáles son nuestros motivos para dar gracias a Dios?

3. Oración

Padre bueno, que has querido mostrarnos tus entrañas de misericordia, tus designios de salvación para toda la humanidad. Haz que escuchemos tu palabra con espíritu de niños; dóciles a tu palabra, para que nos dejemos transformar por ti, limpios para dejar que resuene tu voz y no la nuestra. Que la escucha atenta de tu palabra nos haga discípulos de tu Hijo Jesucristo y sigamos de cerca sus huellas. Amén. ■